

### Trilogía de lo invisible

I

Es el tiempo de la hierba roja  
de la sangre que mana de la tierra  
herida de otoño

Y los dioses repiten que todo cesará  
que esta herrumbre tan solo está de paso  
que hay un lugar lujurioso y adormecido  
un territorio tibio e infernal  
desde donde el paraíso nos acecha  
como una semilla como una larva  
como un entierro prematuro:  
Una isla poblada por el ciego oficio  
de las raíces  
Basta mirar la flameante alameda  
que arde su sigiloso fuego de vejez  
Basta sentarse sobre el rocío  
para adivinar infinitos brazos  
bajo la tierra  
brazos que abrazan  
que palpan que se anudan que se retuercen  
que buscan el ansia de bocas y caras y vientres  
que no tienen  
regodeándose en su feliz promiscuidad de ancla  
mientras aquí  
firmemente de pie  
desnudos como árboles  
soñamos la tierna orgía que álamos y rosales  
y jazmines y robles  
y sauces solitarios  
y el cardo furibundo y el manso trébol  
gozan en su plácido jardín de barro  
inacabado



II

Tres gritos antes  
del grito del cordero  
amansan la débil sangría  
del tatuaje y el sacrificio

¿A quién llorar  
si el Viento se escribe de silencio?  
¿Quién esperará otro altar  
más firme que el aire  
y su moribundo timbal de dioses?

La sangre gime su destino de lluvia en  
los umbrales

III

Nadie duerme en la calle que recuerde  
mendigos  
intrusos friolentos que se arropan en los umbrales  
de nadie  
de casas vacías que hospedan ventanas condenadas inquilinos tribales que juegan a los dados  
sus nombres  
mientras el hedor de la medianoche  
riega la piedra sedentaria de sus camas

Entonces se repite la costumbre  
se repiten las miradas  
se repiten el gesto y el hambriento asombro  
se duplican los pasos en la vereda de enfrente  
(la que brilla la que no acuna hombres)  
y gota a gota se copian las pisadas de la sombra que copia  
al ciego sembrador de árboles secos

Oyen su pala y su jadeo  
oyen la tierra forzada a sostener  
retoños marchitos  
y a veces  
acostumbrando la noche a la vida  
algún niño llora el pecho escaso de su madre

Así pasan las lunas  
indiferentes a los incautos que esperan  
el asombrado follaje que deberá cubrirlos  
de la lluvia

Y así otros piensan en su memoria  
y dicen La calle ha de terminar  
se dicen que la calle debe terminar  
devorada en un callejón en una plaza  
en la quimera de un baldío  
e ingenuamente aguardan  
a que las ramas envejeczan de horneros  
y floridos claveles del aire que velarán el sepelio  
del viento  
compartido

